

94.- VOLTAIRE. *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: Miscelánea Filosófica*. Barcelona, Casa Editorial Publicaciones de La Escuela Moderna, vol. III, 1916., 124 pp.



Este tercer título de la colección Los Grandes Pensadores, encuadernado en rústica, tiene una extensión de 124 páginas y cuenta con 11 notas explicativas. Se halla precedido de algunos datos biográficos aportados por el traductor de la editorial, y finaliza con una enumeración de obras de Voltaire a cargo del mismo Cristóbal Litrán. Editado en 1916, se trata de un puzzle conformado a partir de los siguientes fragmentos extraídos de las obras del ilustrado Voltaire:

- I.- Bien, todo está bien.
- II.- Aristóteles.
- III.- Bautismo.
- IV.- Crímenes.
- V.- Diluvio Universal.
- VI.- Constantino.
- VII.- David.
- VIII.- Ignacio de Loyola.
- IX.- Libertad de Pensar.
- X.- Inquisición.

En el primero de los fragmentos Voltaire hace una acelerada incursión en la mitología, las leyendas y las doctrinas de los pensadores que, a lo largo de la historia, han intentado explicar la presencia del mal en el mundo y el destino del hombre (leyendas indias y sirias, mitología griega, Platón, Epicuro, Lactancio, los Maniqueos, Leibnitz, Bolingbroke, Shaftesbury y Pope, entre otros). La reflexión del viejo filósofo concluye con un agnóstico resultado:

El sistema de “Todo está bien”, simboliza al autor de la Naturaleza en un rey poderoso y maléfico, a quien poco le importa que pierdan la vida cuatrocientos o quinientos mil hombres y que los restantes vivan en la miseria derramando lágrimas con tal de que se cumplan sus designios.

En vez de ser consoladora la opinión del mejor de los mundos posibles, es desesperadora para los filósofos que la adoptan (...) por nosotros mismos no podemos saber nada respecto al origen de los destinos humanos.¹

En el segundo capítulo nuestro autor hace breves comentarios a distintas doctrinas enunciadas en varias de las obras de Aristóteles: la Lógica, la Física, el Tratado sobre los animales, la Metafísica, la Moral, la Retórica, la Poética, y señala las principales aportaciones, a su juicio, del sabio griego:

Fue un gran hombre Aristóteles, porque sentó las reglas de la tragedia después de haber establecido las de la dialéctica, las de la moral y las de la política, descorriendo cuanto pudo el gran velo que cubría la Naturaleza.²

Así mismo, aprovecha el texto para verter algunas críticas a Pascal, Montesquieu, Descartes y Malebranche.

¹ VOLTAIRE: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: Miscelánea Filosófica*. Barcelona, Casa Editorial Publicaciones de la Escuela Moderna, 1916, vol. III, pp. 20-21.

² Ibidem, p. 37.

El capítulo dedicado al bautismo aborda este rito en algunas de sus distintas manifestaciones a lo largo de la historia (hindúes, egipcios y judíos) y, especialmente, en el marco del cristianismo (primeros cristianos, católicos, ortodoxos, anabaptistas y cuáqueros) y documenta las diferentes prácticas a partir de textos antiguos (Evangelios y Patrística, entre otros). Concluye el estudio sobre este asunto recurriendo a la ironía:

Actualmente bautizamos a todos los niños, obedeciendo a otra idea tan absurda, como la que acabamos de indicar, esto es, por suponer que todos son criminales, y que de ese modo los salvamos hasta que llegan a la edad de la razón, en la que ya pueden convertirse en culpables. ¡Ahogadlos, pues, pronto, porque de ese modo les asegurais el paraíso!³

En el capítulo titulado “Crímenes” hace algunas reflexiones sobre la diferente consideración del delito en distintos lugares y en épocas diversas. Ejemplifica de modo ilustrativo sus afirmaciones haciendo un diestro uso de la mordacidad:

Hay que respetar las tonterías del pueblo, cuando no se tiene bastante fuerza para suprimirlas.⁴

Pone de relieve la vital necesidad de preservar las garantías procesales al administrar justicia:

Si contra cien mil probabilidades de que el acusado es culpable, se encontrase una sola de que es inocente, ésta debe prevalecer sobre todas las demás.⁵

Por los cauces de la ironía discurre también el fragmento que se ocupa del “Diluvio Universal”:

Yo no comprendo porqué [sic] Dios creó una raza para arreglarla y para sustituirla por otra más perversa (...) No comprendo tampoco cómo ocho personas pudieran dirigir, alimentar y dar de beber a todos los animales que iban embarcados en el arca y permanecieron en ella cerca de dos años.⁶

Con crudas invectivas retrata la figura del emperador Constantino:

Constantino tuvo un suegro y le obligó a que se ahorcara. Tuvo un cuñado, y mandó que le estrangularan [sic]. Ordenó cortar la cabeza a su hijo primogénito y que ahogaran en un baño a su esposa.⁷

El rey David queda caracterizado con la corrosión del sarcasmo:

Habría hambre porque en un terreno que apenas produce trigo, cuando tuestan a los labradores en hornos ladrilleros y cuando les sierran en dos, han de quedar pocos brazos para cultivar la tierra, Pero el Señor les contesta que es porque Saúl mató a los gabaonitas en tiempos pasados.⁸

³ Ibidem, pp. 51-52.

⁴ Ibidem, p. 53.

⁵ Ibidem. P. 58.

⁶ Ibidem, p. 67.

⁷ Ibidem, p. 75.

⁸ Ibidem, p. 86.

Glosa la figura de San Ignacio de Loyola entre el humor y el absurdo:

Su familia, al darse cuenta del trastorno de sus facultades mentales, piensa en reducirle y en ponerle a dieta, pero él se desembaraza de la familia (...) Encuentra a un moro y disputa con él sobre la Inmaculada Concepción; el moro, que comprende su estado, lo planta tan pronto como puede. Íñigo no sabe qué hacer: si matar al moro o rogar a Dios por él; deja que decida esta cuestión su caballo, que, más cuerdo que él, vuelve a tomar el camino de la cuadra.⁹

En las reflexiones del último capítulo lleva a cabo una condena de la Inquisición.

Podemos, para finalizar, señalar algunas faltas de ortografía presentes en el libro: porqué¹⁰, extrangularan¹¹, y algunos errores de impresión: tetaedro¹², ¡Ahogádlos¹³ y humanidad¹⁴.

⁹ Ibidem, p. 90.

¹⁰ Ibidem, p. 67.

¹¹ Ibidem, p. 75.

¹² Ibidem, p. 11.

¹³ Ibidem, p. 52.

¹⁴ Ibidem, p. 56.